

Es el Mayor que pasa...

Aquel 23 de diciembre de 1841 en la casona del Regidor de Camagüey había un poco de confusión, cierta reserva y cierto júbilo. Los mayores de las fincas del Licenciado don Ignacio llegaban con sus ofrendas: el cochinito propio para asar, los pavos de larga escobilla, las tortas de casabe como ruedas de carreta. Con su dejo peculiar campesino, en sus efusivas palabras de felicitación por las Pascuas, todos preguntaban inmediatamente por doña Filomena. Ya se sabía que doña Filomena estaba fuera de cuentas... Aunque el Licenciado era hombre reflexivo a la par que enérgico, de cierta austeridad en sus costumbres, las rumbosas manifestaciones de alegría, no le apartaban de su preocupación: los dolores de su mujer. Realmente, no podía pensar en la cena de Nochebuena. El médico, que era pariente suyo, le había dicho que todo venía bien. Su suegro, don Mariano Loynaz, que ha de ser el padrino de la criatura, también le tranquilizaba: se trata de un acto natural, la naturaleza es muy sabia... Así y todo... él no las tiene consigo... Ya entrada la noche doña Filomena da a luz un varón largo, delgado, debilucho. La noticia corre de casa en casa entre la extensa parentela. ¿Qué familia principal de Camagüey no está enlazada a los Agramontes y a los Loynaz?

Al muchacho se le pondrá por nombre Ignacio Francisco de la Merced: Ignacio por el padre, Francisco por el abuelo paterno, y de la Merced porque ha nacido frente al Convento e Iglesia de la Merced. En el viejo escudo heráldico de la familia, cuartel diestro, hay dos aves que llevan en el pico dos teas encendidas: alumbran y queman; en el cuartel siniestro un perro, símbolo de la fidelidad. La cristiandad, horas después de la llegada de este niño al mundo, conmemorará el nacimiento de otro niño que vino a redimir a los hombres. Bajo estos signos misteriosos nació en Camagüey el Bayardo de la revolución cubana. Y el poeta dice que trae «en la frente una estrella—y un grito en el corazón».

El muchacho crece... En la juventud creció más. Llegó a tener seis pies y medio de estatura. Su verdadera estatura no puede medirse. Sería necesario preguntarle a los poteros de Camagüey hasta donde el viento esparció las cenizas de Ignacio Agramonte. Aun así, la dimensión de su estatura moral sobrepasaría todos los límites de la materia.

En Santa María de Puerto Principe cursa la enseñanza primaria con un recio maestro español, muy fiel

No tenemos de Ignacio Agramonte otro discurso que ofrecer a la posteridad. Y éste apenas lo conocen los cubanos. Sin embargo, sería conveniente que lo leyesen... Después de pronunciarlo, hasta su caída en Jimaguayú únicamente vivió 5 años. Y la Historia sólo ha podido recoger frases épicas de él, su arenga en el rescate de Sanguily al frente de sus treinta y cinco centauros, y sus proposiciones civilistas en la Asamblea de Guáimaro.

En Agramonte el hombre de acción deslumbra tanto, el guerrero improvisado realiza tales proezas, que no se nos ha permitido todavía ver más cerca al hombre de pensamiento. Y las realidades cubanas así lo exigen.

Por San Juan se celebran en Camagüey los carnavales. Ignacio Agramonte, todavía estudiante de la Universidad, no obstante los obstáculos que ofrecían las difíciles vías de comunicaciones de entonces, daba sus viajes a su querido terruño. En una de las más suntuosas fiestas del Casino Campestre llegaron en una volanta dos hijas del doctor Simoni, hombre rico, que había estudiado en el extranjero, y cuyas hijas, bellísimas y cultas, por este año de 1865, acababan de regresar de un largo e instructivo viaje. Se llamaban Amalia y Matilde. Hablaban perfectamente varios idiomas. En la parte trasera de la volanta, un buen amigo puso este cartel: Nobleza, riqueza y belleza. Ciertamente en las dos lindas camagüeyanas concurrían esas cualidades. Ignacio las había conocido de niñas... Ahora el botón se había abierto; era flor esplendorosa. Ellas también habían conocido a Ignacio de muchacho. Ahora llegaba un apuesto joven, próximo a graduarse, de ojos lánguidos, nariz aguilena, tez blanquísima, alto, musculoso y delgado. Montaba muy bien a caballo. Era diestro en la esgrima; se había batido dos veces con oficiales del Ejército español; los había herido, y, en uno de los lances, pudo dar un tajo mortal a su adversario y no quiso. Cierta aureola de bizarría circundaba ya su apuesta figura. Ignacio se interesó por Amalia... No pasó mucho tiempo sin que a su patria: Gabriel Roman y Ceño. El padre quiere que Ignacio estudie la carrera de leyes. Tan pronto espiga el mozo, lo envía a la Habana. Ingresa en el Colegio «El Salvador», cuya fama ha llegado a Camagüey, y que dirige un cubano sabio y virtuoso: don José de la Luz y Caballero. Allí conocerá a Sanguily, a Luis de Ayeararán, a Zabrana, a Honorato del Castillo, a Juan Clemente Zenea, y oirá de los labios

del seco y enjuto forjador de caracteres, palabras como éstas: «Que la razón de conveniencia esté siempre subordinada a la razón del deber»

Un libro recientemente llegado de Francia lo lee con avidez. Es la «Historia de los Girondinos», por Lamartine. De todas las figuras revolucionarias francesas le subyuga Vergniaud. Ve en él la pureza del ideal, la pasión por el sacrificio, la elocuencia deslumbradora, la fidelidad a una doctrina hasta la muerte».

También Ignacio Agramonte tiene el don de la palabra. Cuando habla, fluye su pensamiento claro y armonioso; a veces se encrespa, y sobre su rostro pálido, los ojos despiden una luz extraña...

Pronto pasa a la Universidad. Allí da muestras de su talento, de su energía y de su afabilidad. A los veinticinco años se gradúa de Licenciado en Derecho Civil y Canónico. La tesis que sostiene desarrolla esta idea: «La administración que permite el franco desarrollo de la acción individual a la sombra de una bien entendida concentración del Poder, es la más ocasionada a producir opimos resultados, porque realiza una verdadera alianza del orden con la libertad». Al final de su trabajo, que según expresión de Zambrana fué «como un toque de clarín, y el suelo de todo el viejo Convento de Santo Domingo temblaba», Agramonte dijo: «Por el contrario, el Gobierno que con una centralización absoluta destruya ese franco desarrollo de la acción individual, y detenga la sociedad en su desenvolvimiento progresivo, no se funda en la justicia y en la razón, sino tan sólo en la fuerza; y el Estado que tal fundamento tenga, podrá en un momento de energía anunciar al mundo como estable e imperecedero, pero tarde o temprano, cuando los hombres, conociendo sus derechos violados, se propongan reivindicarlos, irá el estruendo de las armas a anunciarle que cesó su letal dominación». El catedrático que presidía el acto dijo que si hubiera conocido previamente aquel discurso no hubiera autorizado su lectura.

Un rincón campesino, que tenía un nombre simbólico, «El Idilio», fué desde entonces amparo de sus amores, como la continuación, pobre y digna, entre zozobras y asperezas, del hogar ancho y venturoso que abandonó en la ciudad en sus afanes de ser libre, y de hacer libre a su patria. Allí, en lo rústico y selvático, entre descargas de la fusilería mam-bisa y el murmullo de los arroyos, nació su primogénito. Pero, un día nefasto, «El Idilio» fué sorprendido

fueran novios. Estós amóres corrían parejas con la terminación de su carrera, y con sus secretas labores de conspirador por la independencia de Cuba.

Meses antes de estallar el grito de Yara se casaron en la Parroquia Mayor de Puerto Príncipe. Amalia conocía los compromisos revolucionarios de Ignacio. Cuando el 11 de noviembre de 1863 Agramonte parte hacia el campo insurrecto, a los diecinueve días, ella renunció a las ventajas y comodidades propias de su vida, y fué a compartir con su esposo las miserias, las angustias y peligros de la manigua. Cuba y Amalia fueron las dos supremas pasiones de Ignacio Agramonte.



por la tropa colonial; milagrosamente no cayó prisionero el Mayor. Amalia, en cinta de un nuevo vástago, la hija, que nunca pudo besar Agramonte, fué conducida a Camagüey con toda su familia, y gracias a la caballerosidad de un jefe español, aunque recibiendo vejámenes del populacho, pudo salvar la vida de su infante. Rechazó indignada todas las proposiciones que se le hicieron para atraer al campo de la legalidad a su esposo. «Mi esposo no puede ser un traidor a sus ideas». Después de aquella sorpresa, Amalia nunca más volvió a ver a Ignacio Agramonte. Pudo trasladarse la familia a New York. Y hoy nos quedan de aquel amor conyugal, entrañable y fidelísimo, un montón de cartas en las que desbordó toda su ternura el indomito caudillo. Y en una palma de La Matilde, una tarde de nostalgias pensando en sus más caros afectos el Mayor con su cuchillo de monte escribió este mensaje: «Amalia siempre, siempre te amará Ignacio Agramonte».

Los llanos de Camagüey vieron desfilar las caballerías del Mayor fatigando a la victoria en rudos y enco-

nados combates. Cuando él organizaba y dirigía, en el pecho le crecía el corazón a sus guerreros. Peleaban como fieras. Desnudos, hambrientos sin balas, se enfrentaban y vencían a los más aguerridos y tesoneros capitanes de la metrópoli. No era sólo su coraje personal; eran sus dotes de mando, de organizador, de estratega. Sobre el caballo, su figura alta de por sí, se elevaba más. Si había llovido, y la yerba guinea estaba muy crecida, para todos podía haber un escondite en el potrero. Para él no.

Sus soldados se surtían en las bolsas enemigas. La espada que él esgrimió en Jimaguayú, al morir combatiendo, cuatro días antes se la había arrebatado al teniente coronel Leonardo Abril. De «Ballestilla», su hermoso caballo, no se apeó cuando en el centro del potrero es sorprendido con su pequeña escolta por toda la Sexta Compañía de León, al mando del Comandante Secundino García Pastor. Así cayó, en una acción sin importancia, impulsado por su valor temerario, el Mayor General Ignacio Agramonte. No había cumplido treinta y dos años.

Los llanos de Camagüey son tristes, monótonos, somnolientos. Sobre ellos nadie se empuja más arriba que este romántico soñador, este idealista de tanta rectitud y pureza. Su cadáver incinerado, el viento de la tragedia esparció sus cenizas. Volaron estas cenizas, impregnaron todos los potreros, todas las serranías, todas las espesuras de la manigua, todas las cañadas, de un nuevo amor por la libertad, de una heroica decisión por conseguirla. Su sangre se mezcló a la tierra camagüeyana; pero su cuerpo no se pudrió bajo la tierra, sino que se hizo humo, atmósfera, neblina, sombra, se empujó a las nubes, se coló en los pulmones, quedó en suspenso bajo la luz de una estrella única, y fué como la demanda que no puede olvidarse, como la inmaterial que no puede sepultarse, y la rebeldía del adalid sin miedo y sin tacha, floreció en las almas.

En el primer centenario del nacimiento de aquel niño que vino al mundo el veintitrés de diciembre de 1841, un pueblo redimido por la bravura y la fe, por el pensamiento y la acción de paladines de su estirpe, ha de ver entre la bruma invernal que se adensa sobre los potreros camagüeyanos, una visión fantástica hecha como de gasas de ensueños, donde un guerrero muy alto, sobre un fuerte caballo, va a la carga se-

guido de tropa iracunda y desesperada, entre roncós toques de cornetas y redobles de arcaicos tambores, entre relámpagos y truenos, estremeciendo las planicies infinitas, reafirmando sus antiguos juramentos de independencia o muerte, repitiendo la vieja consigna de que se pelea con la vergüenza, y en la inquietud de los momentos que vivimos, y ante la incertidumbre de lo porvenir, la conciencia cubana, reconstruida en sí misma, ante la imagen sorprendente, se dará esta seguridad: es el Mayor General Ignacio Agramonte que pasa otra vez, como en los días del 68, enardecido y centelleante, sobre las llanuras de Camagüey...

Antonio IRAIZOZ

Am, die 21/11

